

C**Columna**

Bernardo Donoso Riveros
Profesor emérito PUCV

Visiones, ambiciones, suspicacias

Los que vivimos en una tierra común, compartimos las dificultades, las tragedias, los gozos y las esperanzas. Hacemos la travesía de la vida como parte de una comunidad. Aunque en los tiempos actuales las fronteras de la tierra adquieren una dimensión cada vez más amplia y compleja. Sólo imaginada alguna vez por los que pueden penetrar en el futuro, especialmente por las cada día más presentes tecnologías de la información y la comunicación que impactan las culturas, las relaciones, la cercanía y la distancia, las fuerzas de la unión y de la polarización.

En cada instante surgen en nuestra interioridad, en los diálogos reflexivos, en los soliloquios de búsqueda, mil preguntas, dudas e incertidumbres, que ambicionamos clarificar, acercarnos al sentido, acrecentar la seguridad. Todos, de alguna manera personal, profunda o más superficial, tenemos visiones o sueños de sociedad. Ellas pueden orientarnos, “encaminarnos”, hacia los encuentros o desencuentros alimentados por este mundo sin fronteras, abrumados por los vientos de la comunicación “moderna”. Hay fuerzas que suman hacia la fraternidad y la libertad y otras pueden encaminar a tiempos largos de temor y de horizontes nublados. Muchos están confiados en su capacidad de crear realidad mediante su “adoración” a la creación de estrategias que sienten dominar, como un visionario lo anunció hace decenios.

Las distintas visiones de cada uno de nosotros se alimentan,

se construyen, se congelan, o tienen flexibilidad, según la experiencia, el origen de ella, el conocimiento, la exposición al adoc-trinamiento y muchas otras que usted puede imaginar o conoce. Esas visiones son fuente de unidad y de polarización. Son criterio de análisis, de desprecio o de adhesión a decisiones relacionadas con la gobernanza. Es una pregunta que necesita respuesta para una cultura, para un tiempo; aceptando que algunas respuestas son definitivas, pues están vinculadas a la persona humana. Lo que es ineludible es el compartir honorablemente, sin hipocresía ni engaño ni manipulación que la libertad es una columna que sostiene la casa. A su vez, entender que la división de poderes y los equilibrios protegen, si la ética individual los respeta, la sustentabilidad de una comunidad o nación.

La suspicacia aliena la desconfianza generadora de desequilibrios y desencuentros en la sociedad. Cuando la palabra empeñada alcanza a ser sagrada se siembra buena semilla en el camino, acompañada de una comunicación alimentada por la conducta ética, el respeto por el otro, tratándolo como uno quiere ser tratado. A su vez, controlando nuestra ambición, la envidia, respecto al éxito percibido del otro. ¿Será posible alcanzar tal nivel de desarrollo personal que nos permita aceptar y valorar lo que el otro hace bien para contribuir a algo que nos importa y que ayuda a la estabilidad?